

## CAPITULO X.

Muere en los suplicios de Nangasaki el dia 22 de Mayo de 1620, el bienaventurado Matías de Arima, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus.

El Padre Mateo Curos, provincial de los Padres jesuitas, y administrador del obispado, tenia consigo para que le ayudase en el mas peligroso ejercicio de su doble gobierno de la cristiandad y de los religiosos, á un valeroso cristiano, Matías de nombre, y nacido en Cazusa del reino de Arima. Este hombre, de una ardiente caridad, dado á la oracion, y despreciando la vida en el ejercicio de su empleo, se habia consagrado al servicio de la Compañía desde la edad de catorce años, deseando vivamente ser recibido en ella, cuya gracia merecia bien por su abnegacion y fidelidad. El Padre provincial se servia de él principalmente para que por la noche llevase sus órdenes y sus cartas tanto á los Padrés, como á los cristianos mas perseguidos, cosa que se ofrecia casi continuamente. Siempre que le daba estas comisiones, y aun en la noche que fué la última de sus viajes y de su vida, le preguntaba, si entregaria á los Padres, cuya habitacion conocia, en caso que fuese preso, reconocido como servidor de la Compañía y puesto en tortura, á lo que él respondia: "Mas bien me dejaré arrancar á bocados la carne viva, y quebrantar los huesos, que entregar por mis revelaciones á un solo ministro del Evangelio." Y de esta fidelidad dió la mas fuerte prueba. Habiendo una noche caido en manos de los agentes que estaban emboscados para apoderarse de los religiosos cuando saliesen de casa, y encontrando que debajo de sus vestidos llevaba un

hábito de sacerdote, le apresaron como hombre que pertenecia á la Iglesia, y atándole muy fuertemente, le llevaron ante el presidente. Comenzaron por colmarle de golpes con los piés y con el puño, pero él permaneció no menos inmóvil que mudo. Entonces le tendieron en tierra, y por fuerza le hundieron en la garganta un embudo, y llenaron el cuerpo de agua hasta donde les fuese posible: en seguida, todos le pusieron las rodillas sobre el vientre, y le aprensaron hasta hacerle arrojar el agua con una violencia tal, que le salió por todas las vías y hasta por los ojos. Volvieron á llenarle de agua el vientre y hacerla salir por fuerza. ¡Tortura horrible, que renovaron muchas veces, y que debian padecer igualmente otros muchos cristianos! Al fin Matías les dijo: "Pues que vosotros mismos estais cansados, dejadme respirar, y os haré conocer á uno en quien menos pensais; él debe seros muy querido, porque es sacerdote, llegado de Europa, y aun de Roma, que es la grande Méaco de los cristianos." Compelido á explicarse, añadió: "Este sacerdote está en Firando," y nombró á Tomás Araki, que poco antes habia dado á los fieles el horrible escándalo de apostatar. "Este sí, continuó sonriéndose, merece bien que hagais con él lo que quereis hacer con los buenos, cuyos nombres jamas diré, ni tampoco cuál sea su habitacion. No, jamas por la vida que me ofreceis, imitaré á ese pérfido que renegó de Jesucristo." Gonrocu, pasando del desprecio á la cólera, ordenó que se redoblaran sus tormentos: se repitieron muchas veces las inyecciones de agua, se le hizo correr por la caña de la espalda plomo fundido, y se le dieron golpes tales, que á fuerza de pegarle en la barba, se cortó con los dientes la mitad de la lengua. Entonces le dejaron volver en sí, reservándose someterle al dia

siguiente á los mismos tormentos, y despues crucificarle ó quemarle á fuego lento; pero al terminar el dia 22 de Mayo, escapó de sus manos, entregando su espíritu en las de Dios. Tenia cuarenta y nueve años de edad.

Los verdugos, viéndole muerto al dia siguiente, llevaron su cadáver al lugar de las ejecuciones, le cortaron la cabeza, la fijaron en la punta de una pica, y abajo pusieron un cartel con la sentencia que le condenaba á muerte, por cristiano, y porque sabia donde residian los Padres; pero en realidad, al ver ese valor, superior á todos los tormentos, creyeron que era religioso de la Compañía de Jesus, y suponian que el hábito de que era conductor era el suyo propio: como tambien es cierto que si hubiera vivido algun tiempo mas, el provincial le hubiera concedido esa gracia, que ningun otro deseaba tanto como él. Su cuerpo fué arrojado á la mar; pero los cristianos pudieron sacarle, y lo guardaron con el respeto que le era debido. (\*)

## CAPITULO XI.

Cinco cristianos crucificados en Cocura, en el reino de Bugen, el dia 16 de Agosto de 1620.

Este año de 1620 seria poco glorioso, comparado con los precedentes, si á las dos coronas alcanzadas en Suzuta y en Nangasaki, no se reuniesen las adquiridas por cinco mártires crucificados en Cocura en el reino de Bugen. Su gefe fué Simon Quiota Bocu-

(\*) Bartoli, lib. IV. núm. 29.

sai, de familia noble y miembro de la antigua cristiandad de Bungo. Los Padres jesuitas le habian confiado el empleo de *cambo*, es decir, estaba encargado de la instruccion de los fieles. Este santo anciano, de edad de sesenta años, habia recibido de Dios el don especial de lanzar los demonios. El y la compañera de su vida, Magdalena, con sus tres huéspedes, Tomás Guengoro, Maria su muger, y su hijo Jacobo, fueron denunciados por Gietciundono. Se pusieron guardias en su casa, y se trabajó de muchas maneras, tanto con amenazas como con promesas, por hacerles renegar de la fé: ellos respondieron sencillamente, segun la filosofia del Evangelio y la enseñanza de Jesucristo, que para asegurar la vida no habia mejor medio que perderla, en caso que pudiera llamarse pérdida, el cambiar esta vida temporal y miserable por otra eterna y feliz, en cuya posesion solo podian entrar los cristianos. Y estaban tan firmemente apoyados en este principio, que Jacobo siendo como era un pequeño niño, no se afligió ni lloró mientras los verdugos le azotaban cruelmente; al contrario, se regocijaba en sus dolores presentes, y como si esto fuese demasiado poco, se ofrecia con gran corazon á la muerte. No tardó mucho su sentencia, la que les fué tanto mas grata, cuanto que les condenaba á un género de muerte mas sagrado, es decir, mas semejante á la muerte de nuestro Redentor, puesto que debian ser crucificados. Y para que su deshonor y su suplicio fuesen mas grandes, debian como San Pedro, tener la cabeza abajo y los piés en lo alto, circunstancias que á sus ojos era un nuevo honor y una ventaja mas.

Simon, en el esceso de su alegría, dió desde luego aviso al Padre provincial en una carta llena de humildad y de generosidad. A mediados del mes de

Agosto, Simon y Magdalena á su lado, seguidos de Tomás y María, con su valeroso y pequeño Jacobo, que iba en medio de los dos, cubiertos con sus mas ricos vestidos, encadenados muy estrechamente, y rodeados de verdugos y soldados, se encaminaron al lugar ordinario de las ejecuciones. Delante de ellos, en lo alto de una pica llevaban escrita en gruesos caracteres la sentencia que les condenaba á ese infame suplicio, por no haber renunciado á la fé de Jesucristo. Los santos confesores, al ver el escrito, se llenaron de un consuelo inesplicable, y marchaban dando gracias á Dios y á su denunciante. Simon y Magdalena, como de mas avanzada edad, no estuvieron vivos sobre la cruz, sino hasta la noche del dia siguiente. María resistió algun tiempo mas: Tomás y Jacobo aun vivian al cabo de tres dias, por lo cual los verdugos, ó por piedad ó por impaciencia, les abrieron los costados á golpes de lanza. Al fin, les bajaron de las cruces, que fueron quemadas con los cinco cuerpos, y arrojaron las cenizas al aire y á la mar. (\*)

## CAPITULO XII.

El bienaventurado Agustín Ota, jesuita, decapitado en 10 de Agosto de 1622.

El año de 1622 es uno de los mas memorables del Japon, por el número y calidad de los mártires, de manera que, se le ha llamado el año del gran martirio. El primero que se nos presenta es el hermano

(\*) Bartoli, lib. IV. núm. 29.

Agustin Ota, de la Compañía de Jesus, que fué preso el 24 de Abril con el Padre Camilo Costanzo, y con Gaspar Cotenda, catequista. Conducidos los tres á Firando, presentados al juez, y sustanciada prontamente su causa, fueron enviados á la prision de Iki, donde ya estaban encerrados el Padre Luis Flores, dominico, y el Padre Pedro de Zúñiga, agustino, de quienes adelante hablaremos.

La primera corona recayó en Agustin, que tocaba á los cincuenta años de edad. Habia pasado treinta y cinco en la Iglesia de Jesucristo, consagrado al servicio de la Iglesia y al de los Padres de la Compañía de Jesus, lo que seguramente le mereció bien la gracia de morir religioso de nuestra Orden; sobre todo, porque él no esperaba otra recompensa. Y en efecto, se hizo muy memorable la accion de la Providencia en su favor, pues entre tantas cartas enviadas por el Padre provincial Francisco Pacheco, de Nangasaki para Iki, solo una llegó á manos del Padre Camilo Costanzo, y fué precisamente la en que le daba poder para que le admitiese en la Compañía. Habia nacido en Ogiza, isla de Goto, dependiente del principado de Firando. Era del mejor carácter que se puede imaginar; de tal manera, que aun siendo pagano y jóven todavía, no conocia la conducta viciosa de los bonzos, en cuya compañía fué educado. Despues que recibió el bautismo y fué bien instruido en las cosas de Dios, se le confió una iglesia, que es lo que en este país se llama ser cambó; pero destruida ésta en tiempo de la persecucion, se fué á Firando.

Largo seria de referir todo lo que en Firando hizo en bien de los fieles, y cuán santa vida llevaba. Luego que el Padre Camilo llegó allí, se le ofreció por compañero de sus trabajos: con él fué aprehendido en Ucu, despues aprisionado con él por espacio de cuatro

meses en Iki, hasta que el día 10 de Agosto de este mismo año de 1622, despues de haber hecho los primeros votos religiosos á los piés del Padre Camilo y en presencia de los Padres Zúñiga y Flores, fué sacado de la prision, y decapitado en la playa, á vista de sus tres compañeros de cautividad. Su cuerpo fué arrojado á la mar. (\*)

### CAPITULO XIII.

Tres mártires quemados vivos, y otros doce decapitados en Nangasaki el 19 de Agosto de 1622.

El año de 1622, navegaba un navío de las Filipinas para el Japon, bajo las órdenes del capitán Joaquin Firaiama, hombre de familia noble y de grande virtud. En Méaco se habia convertido al cristianismo, y recibido el bautismo de mano del Padre Baltasar Torres, jesuita. En seguida se estableció en Manila, donde tomó el apellido español de Diaz. Leon Sukeiemon, piloto, Juan Fojamon, escribiente del navío, y otros diez, entre pasajeros y marineros, eran tambien de los habitantes de Manila; pero á quienes el amor á su patria les hacia volver al Japon. Sorprendidos en el camino por una tempestad, se vieron obligados á arribar al puerto de Macao, hasta que la calma les permitiese volver á alta mar. El día 2 de Mayo, hallándose entre la isla Formosa y la China, fueron repentinamente atacados y capturados por un navío, montado por herejes holandeses. El

(\*) Bartoli, lib. IV. núm. 55.

reconocimiento de sus prisioneros dió al capitán pirata un escelente medio de paliar su piratería, y manifestarse á los ojos de los japoneses, no como corsario, sino como su aliado. Dos pasajeros fueron la ocasion inocente de esto. Iban vestidos de comerciantes, pero eran religiosos, y el celo de las almas les llevaba á las misiones del Japon: uno se llamaba Luis Flores, de la Orden de Santo Domingo, y el otro, Pedro de Zúñiga, del Orden de San Agustin. Encantados los herejes con su descubrimiento, condujeron su presa á Firando, y no tuvieron ni vergüenza ni escrúpulo de entregar sus cautivos á sus perseguidores. Los dos religiosos fueron reconocidos por tales y por sacerdotes, aun por su propia confesion, y en consecuencia se despachó un correo á la corte para dar aviso. El emperador, escitado por las pérdidas sugestiones de los herejes, se enfureció, y al momento dió orden á Gonrocu, gobernador de Nangasaki, para que hiciese morir á los dos religiosos y al capitán Joaquin, con el tormento del fuego, y que decapitase á todos los demas que se encontrasen á bordo del mismo navío. Ademas, mandó que se buscasen las mugeres y los hijos de los que habian sido sentenciados á muerte hacia tres años, por haber hospedado á los religiosos; y que se agregasen otros treinta y dos prisioneros de Suzuta, y que todos muriesen unos á filo de la espada, y otros á fuego lento.

Esta sentencia llegó á Nangasaki el 27 de Julio, y Gonrocu no tardó en ponerla en ejecucion. Desde la aurora del siguiente día hizo prender y conducir en su presencia agarrotados á diez y nueve cristianos, que como marineros ó como comerciantes, volvian de Manila al Japon en la fragata del capitán Joaquin. Les preguntó que tiempo hacia que eran cristianos, y oida su respuesta, les dejó á su eleccion, ó salvar

su vida renegando de la fé, á lo que se les exhortó con calor, ó morir, si se obstinaban en su creencia. Entonces un apóstata llamado Féizo, que era uno de los mandarines, avanzó hácia ellos y procuró con mil razones persuadirles, que hasta allí habian vivido como insensatos, y que no debian morir así, con la esperanza quimérica de un bien que no existe para una alma que solo vive con el cuerpo; pero ellos le escucharon con desprecio.

El pensamiento de su muerte les llenó de alegría, pues la consideraron no como el término de los sufrimientos de su desgraciado viaje, sino mas bien como la recompensa de su fidelidad en profesar la fé. Se les volvió á la prision, á la que, en el mismo dia, fueron llevadas las mujeres y los niños que debian ser ejecutados con ellos. A esta sazón llegaron de Firando los dos religiosos, el capitán Joaquin, el piloto y el escribiente del navio. Por medida de seguridad, se habia construido sobre el puente de la barca que les conducia, una sólida prision de tablas, mientras doscientos soldados á bordo de muchos botes les custodiaban noche y dia. Así permanecieron en el puertó de Nangasaki hasta el 19 de Agosto, en que se envió á los tres primeros para que de boca de Gonrocu escuchasen su sentencia de condenacion al fuego. Comparecieron, seguido cada uno de su verdugo, que tenia en la mano una grande horquilla de fierro, de la que se servian para arreglar la hoguera y atizar el fuego. Por este signo se conoció luego que iban á ser quemados vivos. Los dos religiosos iban tonsurados y vestian el hábito religioso de su órden respectiva; y aunque iban estrechamente encadenados, su semblante respiraba la calma y el valor. Espectáculo que llenó de consuelo á los fieles.

Gonrocu eligió solamente á doce de los japoneses

aprisionados, y que con generosidad habian confesado la fé: les preguntó de nuevo si persistian en su primera resolucion, y recibida su respuesta afirmativa, les condenó á ser degollados, lo que se ejecutó fuera de Nangasaki.

Nadie empero igualaba en valor y en fervor al capitán Joaquin. En alta voz predicaba contra la adoracion de los ídolos, hasta que al cabo de algun tiempo los guardias, enfadados de sus discursos le mandaron callar; él inclinó humildemente la cabeza á este mandato, pero luego les rogó, que en los pocos instantes que le quedaban de vida, le deixasen decir lo que le era un motivo de consuelo. Hizo esta súplica de una manera tan persuasiva, que los bárbaros se conmovieron y le permitieron hablar: entonces continuó hasta que se entregó en sus manos para que le atasen al poste que se le habia designado. Aun aquí dió todavía una nueva prueba de su valor, porque viendo que el poste estaba mal clavado y que se movia, él mismo la afirmó cuanto pudo, amontonando con los piés tierra á su derredor. El fuego no se encendió hasta que dió testimonio de la muerte de sus compañeros, pues delante de los tres postes estaba un recinto demasiado pequeño, cercado de una palizada donde estaban los verdugos: los condenados fueron entrando sucesivamente, el escribiente del navio, el piloto, los demas empleados á bordo de la fragata, los pasajeros, y los comerciantes; y sin darles un momento para que se encomendasen á Dios, como hasta entonces se habia permitido, se les amputó la cabeza de un golpe de sable. En seguida se prendió fuego á la leña que con cuidado se habia puesto á una gran distancia de los postes, y cuya cantidad se disminuia cuando las llamas se desenvolvian con grande fuerza. Estos hombres valerosos sufrie-

ron un tan horrible tormento cerca de dos horas, hasta que rindieron el último suspiro. Ardiendo como estaban, permanecieron inmóviles con los ojos fijos en el cielo.

Consumado el sacrificio, los verdugos amontonaron los cuerpos unos sobre otros, y dejaron soldados armados que sin interrupción les custodiasen cuatro días con sus noches. Entonces, contra toda esperanza, Gonrocu permitió á los cristianos que los levantasen para darles sepultura; en consecuencia, dieron á estos restos sagrados todos los honores que merecen, los que prefieren entregar la cabeza al verdugo, antes que renunciar á su fé. El cuerpo del Padre Flores fué depuesto en la casa de una buena viuda, en donde los Padres dominicos acostumbraban reunirse para celebrar el Santo Sacrificio. D. Martín de Gova, noble portugués, rescató de los verdugos á un gran precio, el cuerpo del Padre Zúñiga; le puso en una caja decente, y le trasportó á Macao, donde fué colocado en la Iglesia de los Padres de la Compañía de Jesus.

El bienaventurado Padre Luis Flores, nació en Amberes, é hizo sus estudios en Gante. Ignoro qué razones le determinaron á pasar á México, donde renunció al mundo, y entró en la orden de los Padres predicadores. Después de mucho tiempo y siendo ya sexagenario, se sintió inflamado de celo por la conversión de los infieles, y por el deseo de padecer y morir por Jesucristo. Por tanto, pasó de las Filipinas al Japon, en donde apenas puso el pié, cuando fué preso y quemado vivo, en odio de la fé.

El bienaventurado Pedro de Zúñiga, nació en Sevilla el año 1585, y sus padres fueron D. Alvaro de Zúñiga, sexto virey de México, y Doña Teresa Marquesa de Villamarina. Muy jóven era cuando renunció el siglo

para abrazar el instituto de San Agustín, donde llegó á ser un excelente religioso y un buen predicador. Sus superiores le permitieron que en unión de otros muchos religiosos cohermanos suyos, pasase á Filipinas el año de 1610. A la noticia de la gloriosa muerte del bienaventurado Fernando de San José, y con la lectura de una de sus cartas, en que pedía obreros para esta dificultosa misión, no pudo contener su ardor, y pasó al Japon. Vió por vista de ojos las miserias, los sufrimientos y los diversos géneros de muerte de los fieles, mientras que por su lado él se empleaba enteramente en la gloria de Dios y en la salud de las almas. Las órdenes de su provincial le llamaron á Manila, á donde llevó las relaciones de las muertes admirables de un gran número de mártires. Lamenta la causa de esta cristiandad en un capítulo de su provincia, obtiene importantes socorros, y vuelve á tomar heroicamente el camino del Japon, en compañía del Padre Luis Flores.

Solamente poseemos los nombres de los doce mártires que fueron decapitados, y los inscribiremos en el catálogo general, y aquí solo daremos algunos preciosos detalles sobre el capitán Joaquin Jiraiama, célebre aun entre los idólatras. El Padre Antonio Ixida de la Compañía de Jesus, que perfectamente disfrazado penetró en la prisión, para confesarle, lo mismo que á sus compañeros, refiere cosas maravillosas sobre el gozo que le causaba la bienaventurada muerte que esperaba de día en día; y como era bien conocida su energía y su valor, ved aquí los medios á que recurrieron los guardias para asegurarse de su persona, y conducirle á la prisión. Le encadenaron, le pusieron grillos muy pesados, y le echaron sobre las espaldas, al derredor del cuello una especie de yugo hecho de fierro y de madera. Amaba tierna-

mente á San Ignacio, cuya vida, traducida al japonés, se habia impreso poco antes en Macao; y obtuvo que la Congregacion del Santo, erigida en Nangasaki, le recibiese en el número de los cofrades, juntamente con Juan el piloto, y Leon escribiente del navio; pues los tres tomaron al santo fundador, por su protector y auxiliar espiritual. Joaquin escribia á su mujer que estaba en Manila "que se reconocia deudor á San Ignacio de muy grandes gracias espirituales" y para disponerse mejor á su martirio, quiso hacer por espacio de ocho dias los ejercicios de San Ignacio. Al llegar á la hoguera, abrazó á los dos religiosos; y cuando fueron elevadas en el aire las cabezas de los doce cristianos decapitados, las saludó dirigiéndoles mil alabanzas. En fin, mientras que las llamas no le habian envuelto enteramente, predicó y oró en una voz tan fuerte, que se le oia de lejos sobre las barcas ocupadas por una multitud de espectadores.

---

#### CAPITULO XIV.

##### EL GRANDE MARTIRIO.

Veintidos confesores de Jesucristo quemados vivos, y otros treinta decapitados en Nangasaki el 10 de Setiembre de 1622.

El gobernador Gonrocu tenia que ejecutar aun la segunda parte de la sentencia, que recaia principalmente sobre los prisioneros de Suzuta. En consecuencia, desde principios de Setiembre de este mismo año, dió orden á Ficoiemon, primer mandarin de Omura, para que en un dia fijo le enviase á los con-

tesores que él debia hacer quemar en Nangasaki. El mandarin se apresuró á obedecerle. Una tropa numerosa de soldados y verdugos se dirigió á la prision: cuatro de estos últimos entraron al recinto interior, y apoderándose de los prisioneros uno por uno, les ataron estrechamente, y les sacaron fuera de las palizadas, en medio de un gran número de soldados formados en círculo y con las armas en la mano. Durante estas disposiciones, los siervos de Dios cantaban los salmos, y se despedian de su prision querida, que por espacio de cuatro años y por medio de grandes sufrimientos, les habia proporcionado los mas preciosos méritos, y que ahora, por último beneficio, se abria para dejarles llegar al término de sus deseos, que era la muerte por Jesucristo. Su alegría fué turbada algunos instantes con la noticia de que ocho de ellos aun quedarian prisioneros. Estos ocho eran, los Padres Tomás del Espíritu Santo, dominico; Apolinar Franco, franciscano descalzo; y seis Japoneses agregados á una ú otra de estas dos Ordenes. Sin embargo, no perdieron la corona del martirio, solo se les difirió como veremos adelante.

Fueron colocados los veinticuatro prisioneros en una grande barca, escoltada por una multitud de pequeñas, cargadas de soldados, y así atravesaron un brazo de mar de cinco á seis leguas para llegar á Nagaia; pero no se detuvieron allí, porque en este lugar habia una fervorosa cristiandad, que hubiera salido al encuentro de los mártires, y á pesar de las guardias, les hubiera proporcionado toda clase de alivios; y así tomando los caballos que les esperaban, avanzaron acto continuo dos leguas mas adelante.

Merece ser referido el orden en que marchaban. Trescientos ó cuatrocientos soldados, tanto de infanteria como de caballería, les servian de escolta, y has-